

ACO - JORNADA DE CONSILIARIS I CONSILIARIES

Dissabte 2 de març de 2024

Érika Fabregat Muñoz

Bon dia als germans i germanes de l'ACO!
¡Buenos días a los hermanos y hermanas de la ACO!

Me hace muchísima ilusión compartir con vosotros y vosotras un “cachito” de mi vida.
¡¡Gracias por pensar en mí para el momento de las experiencias!!

Primero pidiros disculpas por no estar presente. Justo ahora estoy en la Casa de los Movimientos de la Pastoral Obrera, muy cerquita, en nuestras sedes. La GOAC de Barcelona-Sant Feliu estamos de Asamblea Diocesana abordando la reflexión sobre la extensión y la iniciación del movimiento. Seguro que esta inquietud también os suena, ¿verdad?

No os veo, pero estoy segura de que con alguno de vosotros hemos coincidido. Para los que no me conocéis, me presento.

Soy Érika Fabregat Muñoz, nací y vivo en Barcelona, en el barrio del Besós, en una de las periferias de esta ciudad. De familia trabajadora (aunque sin mucha conciencia obrera) y no cristiana (aunque con valores igual de auténticos). Soy la mamá de Laia y Sara, dos adolescentes de 17 y 15 años capaces de sacar lo peor, pero, sobre todo, ¡¡lo mejor que hay en mí!!

Trabajo en el Arquebisbat de Barcelona. En la secretaría de Pastoral de la Salud (desde hace poco más de un año) y en la secretaría de Pastoral Obrera de Barcelona y el Secretariado Interdiocesano de Pastoral Obrera de Cataluña, donde empecé hace ya doce años.

Dos pastorales muy diferentes con las que estoy descubriendo una Iglesia muy diversa. Como veis, llevo unos años trabajando para la Iglesia y por el mundo obrero. ¡¡Y tengo que deciros que es un verdadero regalo!!

Hace ya mucho tiempo que el Padre-Madre confió en mí y me propuso la aventura de ser militante obrera y cristiana. Empecé el camino en la JOC. Y desde hace diecisiete años que sigo caminando con la comunidad de la GOAC de Barcelona-Sant Feliu, intentando sentirme instrumento de Dios para la humanización y evangelización del mundo obrero y del trabajo, poniéndome en acción con compañeros y compañeras y llevando esa realidad obrera al sí de la Iglesia. *Mi padre no cesa de trabajar y yo también trabajo (Jn 5, 17).*

Con esta experiencia he ido alimentando mi **formación**, mi **fe** y mi **compromiso**.

En su momento la JOC y actualmente la GOAC, junto con mi trabajo, son para mí una verdadera y permanente escuela de **FORMACIÓN**. Una formación que construye mi ser persona: mi forma de sentir, pensar y actuar a imagen de Jesucristo. Una formación que me obliga a ver las cosas que a menudo no quiero ver, que me cuestiona y pone en diálogo mi fe y mi vida y me impulsa a ponerme en acción para transformar la sociedad y también a la Iglesia.

Como os decía también alimentan mi **FE**. Una fe viva y activa que me empuja a ser coherente en mi vida, que me hace descubrir la experiencia del Amor del Padre-Madre. Una fe que es revolución interior, que me lleva a trabajar por la igualdad y la justicia. Una fe encarnada en la clase trabajadora. Una fe que, pese a las dificultades, el cansancio y los errores hace que quiera seguir trabajando para llevar la Buena Nueva a la clase trabajadora, *llevando mi barca lago adentro y echando mis redes a pescar (Lc 5, 4-6)*

Trabajar para la Iglesia me da la oportunidad de conocerla más de cerca, me facilita tener una visión más amplia de ella, ver la diversidad que hay en las formas de entenderla, de vivirla y de hacer. La he descubierto más desde dentro, más institucionalmente. Y, es verdad que me ayuda a aprender a respetar esa diversidad, pero no os negaré que me genera constantemente muchas incoherencias.

Creo que en la Iglesia se están dando muchos pasos (sobre todo en nuestras realidades eclesiales más cercanas), y esto es motivo de alegría. Pero como Iglesia hemos de seguir caminando en poner a la persona en el centro para ser una Iglesia más fraternal e igualitaria, que dé más protagonismo a las personas laicas, que reconozca el papel tan importante que hacemos las mujeres y sea capaz de alzar la voz ante las injusticias y desigualdades sociales, por las personas más desfavorecidas.

Reconozco que, por esas incoherencias, a menudo me cuesta “presentarme” como cristiana ante a los demás. La Iglesia, como institución, se ve algo alejada de las problemáticas de la sociedad, de las situaciones de injusticia que las personas sufren: la pobreza, la precariedad laboral, los desahucios, la violencia, las desigualdades sociales, las guerras... En mi opinión, la Iglesia debería ser más profética y humanizadora, más valiente y con un sentido crítico y de denuncia más fuerte.

Pese a todo esto, la Pastoral Obrera, con sus movimientos y colectivos, la GOAC más de cerca, me han ayudado a sentirme parte de una Iglesia con una sensibilidad diferente y especial: una iglesia organizada por personas laicas, comprometidas en las periferias más olvidadas y sintiendo la obligación de denunciar la injusticia y exigir la verdadera dignidad que toda persona merece por ser hijo o hija de Dios.

¿Y qué decir de nuestro **COMPROMISO** como parte de esta iglesia?

Intento que mi compromiso parta de la vida de las personas del mundo obrero, compromisos que me pongan en acción junto a otras personas, compromisos que transformen una realidad que no dignifica... *Somos levadura en la masa (Lc 13, 20)*

Pero ser seguidora de Cristo no es tarea fácil: vivir un estilo de vida basado en la fidelidad al Evangelio y la historia de la Clase Obrera; un estilo de vida en constante crecimiento a través de la formación, el testimonio de otros militantes, el cuestionamiento y la acción.

En esta tarea, a menudo, estoy asustada y vivo momentos de tensión, de reconocer mis errores y mis debilidades. Momentos de desilusión, de fracaso cuando algo no ha salido. Momentos de desánimo, de cansancio, de inseguridades. Momentos de tristeza, de sentirme perdida... Vivo también muchos momentos de alegría por compartir el

compromiso, momentos de reconocer que voy creciendo, de entusiasmo, de ilusión, de plegaria, de esperanza, de querer y sentirme querida, de aceptación... En definitiva, en la militancia descubro momentos de muerte y de resurrección.

A mí me gusta mucho salir a caminar. A veces salgo a hacerlo sola, otras lo hago acompañada. Mi eclesialidad, mi fe, también la vivo así. Camino sola: tomando momentos para abrazar y rezar la vida y mis compromisos, poniéndome en manos de Dios y seguir con el camino. Y camino acompañada, como los discípulos: por el equipo, por el movimiento, por quienes comparto compromiso...

Uno de los retos que tenemos en la Iglesia (y en nuestros movimientos) es la suma de los talentos y carismas de cada hombre y mujer. Acoger la globalidad de la Iglesia. Aunque eso requiere amar y una gran generosidad: aprender a no tener miedo a cuestionar y cuestionarnos (siempre desde de la estimación), a pedir perdón y a perdonar, aprender a equivocarnos, a dejar lo innecesario y cultivar la espiritualidad con la oración, la Palabra y la mirada a la luz del Evangelio. *Somos miembros de un solo cuerpo (1 Co 12.12)*

Seguro que os sonará a las cuatro notas de la Acción Católica, pero lo que yo descubro en esta experiencia como iglesia es:

- La necesidad de llevar este mensaje liberador a la sociedad
- El valor que tenemos las personas laicas en el sí de la Iglesia
- La importancia de nuestra organización, de las personas de la Iglesia
- El sentido que tiene hacerlo en comunión

Para mí, vivir la eclesialidad no es más que vivir nuestra militancia comprometida y encarnada con el anuncio de Jesucristo en el mundo obrero y del trabajo... por ser, junto al Padre, *sal y luz de la tierra (Mt 5, 13-16)*.

Muchas gracias!

Que tengáis muy buena jornada!

Y un abrazo enorme!!